

## PANTEÍSMO Y ÉTICA EN LA VIDA Y OBRA DE ALBERT EINSTEIN

Juan Arana. Universidad de Sevilla

**Resumen:** Tanto la obra científica como la vida privada y la actividad pública de Albert Einstein reflejan sus puntos de vista filosóficos, a los cuales se refirió explícitamente en numerosas ocasiones. No obstante, se da una escisión y hasta una oposición entre la ontología determinista y panteísta que está detrás de su praxis investigadora, y los principios que sostuvo en el campo de la ética y la política.

**Abstract:** Both the scientific work and the public and private activities performed by Albert Einstein evidence his own philosophical vision, to which he so often explicitly referred. We could nevertheless point to a certain schism and even opposition between the deterministic and pantheistic ideas at the backstage of his research and the principles he held in ethics and politics.

La línea que la cultura oficial de los últimos siglos ha trazado para separar la ciencia y la filosofía no ha sido respetada por todos los que han cultivado estas dos disciplinas. Albert Einstein figura entre los que con mayor obstinación se han rebelado contra esta convención, ya que se opuso a todos los que le relegaban al campo de la física teórica, autoproclamándose *filósofo* en repetidas ocasiones. Entiéndase bien: no es que el excéntrico sabio reivindicara, junto a su indiscutible valía como científico, una aptitud separada para la metafísica, sino que entendía que lo positivo y lo especulativo no pueden ni deben ser disociados entre sí, de manera que sólo el buen filósofo es capaz de encarar y dominar los problemas básicos de la ciencia.

No me propongo en lo que sigue a continuación ahondar en el análisis de lo científico y lo filosófico dentro de la obra investigadora de Einstein. Mi objetivo es examinar la coherencia de la posición filosófica asumida por él con lo que constituyó su *praxis* vital, tanto a nivel profesional como en el plano de la conducta privada y la acción política. Con ello espero acreditar la tesis de que en la biografía de este autor se da una simbiosis de elementos teóricos y prácticos, del mismo modo que su obra científica conjuga a la vez lo positivo y lo especulativo.

Debemos, en primer lugar, determinar los rasgos esenciales de la posición filosófica de Einstein. Es sabido que, para formular los criterios

fundamentales que resumían su actitud, solía emplear expresiones de tipo teológico-religioso: «Dios no juega a los dados», «Dios es refinado, pero no cruel», etc. No resulta extraño, por consiguiente, que aprovecharse la descripción de su propia religiosidad para definir los rasgos constitutivos de la visión del mundo que defendía:

«I. Es difícil adjudicar una significación exacta a la expresión “verdad científica”. Bien se sabe que el significado de la palabra “verdad” varía según nos enfrentamos con un hecho de la experiencia, un postulado matemático o una teoría científica. La frase “verdad religiosa” tampoco me aporta ningún significado claro.

»II. La investigación científica puede reducir la superstición, al estimular a la gente a que piense y considere las cosas en términos de causas y efectos. Es verdad que, detrás de todo trabajo científico de elevado nivel, subyace una convicción —cercana al sentimiento religioso— de racionalidad o inteligibilidad del mundo.

»III. Dentro de esta firme creencia, una creencia que está unida a un profundo sentimiento de la existencia de una mente superior que se revela en el mundo de la experiencia, se arraiga mi concepción de Dios. En un lenguaje corriente esto podría describirse como “panteísmo” (Spinoza).

»IV. Las tradiciones confesionales sólo me interesan desde un punto de vista histórico y psicológico; para mí no llegan a tener ninguna otra significación.»<sup>1</sup>

Hay varios aspectos destacables en este texto. El primer lugar, el despego de Einstein respecto a las religiones históricas (lo cual casa muy bien con su personalidad «desarraigada»). En segundo lugar, la referencia a la inteligibilidad del mundo como algo susceptible de generar una vivencia religiosa. En tercer lugar, la identificación de Dios con una mente superior que se revela a través de los fenómenos naturales, en la medida en que son transparentes a la razón. La fe en Él es identificada con el panteísmo espinociano, seguramente porque Einstein piensa que no es menester ir más allá de los índices de racionalidad de la naturaleza para agotar todo lo que desea extraer de su teología. La dimensión afectiva y las implicaciones morales de esta peculiar «religión» son abordados con gran lucidez en el siguiente texto:

«La experiencia más hermosa que tenemos a nuestro alcance es el

---

<sup>1</sup> «Sobre la verdad científica», *Gelegentliches*, 1929. recopilado en: A. Einstein, *Sobre la teoría de la relatividad*, Madrid, Sarpe, 1983, pp. 69-70.

misterio. Es la emoción fundamental que está en la cuna del verdadero arte y de la verdadera ciencia. El que no lo conozca y no pueda admirarse, y no pueda ya asombrarse ni maravillarse, está como muerto y tiene los ojos nublados. Fue la experiencia del misterio (aunque mezclada con el miedo) la que engendró la religión. La certeza de que existe algo que no podemos alcanzar, nuestra percepción de la razón más profunda y la belleza más deslumbradora, a las que nuestras mentes sólo pueden acceder en sus formas más toscas..., son esta certeza y esta emoción las que constituyen la auténtica religiosidad. En este sentido, y sólo en éste, es en el que soy un hombre profundamente religioso. No puedo imaginar a un dios que recompense y castigue a sus criaturas, o que tenga una voluntad parecida a la que experimentamos dentro de nosotros mismos. Ni puedo ni querría imaginar que el individuo sobreviva a su muerte física; dejemos que las almas débiles, por miedo o por absurdo egoísmo, se complazcan en estas ideas. Yo me doy por satisfecho con el misterio de la eternidad de la vida y con la conciencia de un vislumbre de la estructura maravillosa del mundo real, junto con el esfuerzo decidido por abarcar una parte, aunque sea muy pequeña, de la Razón que se manifiesta en la naturaleza.»<sup>2</sup>

Por consiguiente, para Einstein el misterio no solamente constituye la experiencia que engendra el sentimiento religioso, sino que de alguna manera lo agota. Frente a la religiosidad degradada, marcada en su opinión por el miedo o por un egoísta afán de recompensas, la religiosidad que personalmente considera auténtica se circunscribe al misterio mismo y la gozosa perspectiva de penetrar en él, gracias a la receptividad del espíritu para percibir la *verdad* y la *belleza*. Lo bueno no entra como tal en este primer horizonte de la religión. Dios no premia ni castiga, no manda hacer el bien ni evitar el mal. Tan solo fascina con sus secretos, que parcialmente desvela ante los ojos asombrados del hombre. El misterio implica al mismo tiempo desconocimiento y atisbo, tensa el resorte de la curiosidad humana porque su presencia no equivale a la pura y simple ignorancia, la cual descansa en sí misma, imperturbable por la ausencia de expectativas de una situación mejor. No es posible sentir el misterio sin experimentar la necesidad de descifrarlo, o sin notar al menos la incomodidad de nuestra antes apacible necedad. Por aquí puede ser intróducida la consideración del bien y del mal, esto es: lo que debe hacerse o dejarse de hacer una vez descubierta la dimensión *misteriosa* de la existencia. Pero no deja de ser algo paradójico, puesto que el panteísmo tiene, en lo que se refiere al mundo y al hombre, un compañero insoslayable: el *determinismo*:

---

<sup>2</sup> «El mundo tal como lo veo», recogido en: *Sobre la teoría...*, pp. 198-9.

«Comparto tu observación sobre el amor al enemigo en lo que concierne a la actitud con respecto a la acción. Pero, para mí, la base intelectual es la confianza en la causalidad irrestricta: "No puedo odiarle, porque *tiene* que hacer lo que hace." Por tanto, estoy más con Spinoza que con los profetas. Por ello tampoco hay para mí "pecados".»<sup>3</sup>

Vemos, pues, que Einstein tropieza con la aporía connatural a la ética panteísta: ¿cómo prescribir deberes y obligaciones al individuo, dado que no se cree en el individuo? ¿Qué sentido tiene hablar del *deber ser* cuando la causalidad universal ha eliminado todo lo que no sea el *ser* derivado de la aplicación de la legalidad natural? La única alternativa concebible sería una ética de la conformidad, una subordinación absoluta y resignada del *deber ser* al *ser*:

«No creo en absoluto en la libertad humana en el sentido filosófico. Todos actuamos no sólo bajo presión externa, sino también en función de la necesidad interna. La frase de Schopenhauer: "Un hombre puede hacer lo que quiera, pero no querer lo que quiera", ha sido para mí, desde mi juventud, una auténtica inspiración. Ha sido un constante consuelo en las penalidades de la vida, de la mía y de la de los demás, y un manantial inagotable de tolerancia. El comprender esto mitiga, por suerte, este sentido de la responsabilidad que fácilmente puede llegar a ser paralizante, y nos impide tomarnos a nosotros y tomar a los demás excesivamente en serio; conduce a un enfoque de la vida que, en concreto, da al humor el puesto que se merece.»<sup>4</sup>

Es indudable que Einstein extrae del determinismo panteísta el máximo potencial lenitivo. Se trata de una doctrina que convierte todo en igualmente necesario, igualmente importante... e igualmente trivial. De ahí el papel que adjudica al *humor*, papel que en otras cosmovisiones sería desempeñado por la *responsabilidad*, el *empeño*, la *esperanza*, la *plegaria* o la *expiación*. El hombre es fenómeno, pertenece al mundo de la apariencia; por eso su libertad es un espejismo, una iridiscencia de la voluntad que la hace aparecer autónoma, aunque en realidad detrás de ella se esconden, inexorables, los engranajes del *en sí* de las cosas. La mano de Dios actúa bajo los vaivenes de la delgada costra del querer, controla las motivaciones que lo arrastran y las resoluciones que cree tomar por sí mismo. Es ella, y no la fantasmagórica excrecencia del *yo individual* la que constituye la única referencia absoluta y eterna. En este sentido, el rechazo de la inmortalidad

<sup>3</sup> Carta de Einstein a Michele Besso del 6.1.1948. A. Einstein - M. Besso, *Correspondance 1903-1955*, Paris, Hermann, 1972, p. 392.

<sup>4</sup> «El mundo tal como yo lo veo», recogido en: Einstein, *Sobre la teoría...*, p. 196.

personal constituye la purgación del único delito concebible, una vez que la libertad ha sido expropiada al hombre: el *error*:

«No obstante, es una bella cosa que la vida individual tenga un final con todos sus problemas y tensiones. Se rechaza por instinto esta solución y se la acepta mediante la razón. ¡Sin embargo, los que han introducido la creencia en una supervivencia individual después de la muerte tienen que haber sido gente miserable!»<sup>5</sup>

La distinción entre apariencia y verdad, entre el en sí de las cosas y el para nosotros de los fenómenos, abre una vía para resolver la paradoja de la ética panteísta. ¿Por qué llama Einstein miserables a los que introdujeron la fe en la inmortalidad personal, si por otra parte declara que no existe el pecado? La solución obvia es advertir que la descalificación moral y, en general, cualquier tipo de enunciado ético, constituye tan solo un modo de hablar. Hombres somos, y como tales empleamos un lenguaje que se apoya en la experiencia cotidiana como marco de referencia. Decimos que el sol se levanta, cuando es la tierra la que se mueve, o que el frío penetra en nuestro cuerpo, cuando es el calor lo que escapa de él. Del mismo modo, llamamos miserable a quien no tuvo otra alternativa de cometer la acción que le imputamos, debido a que dicha acción, abstracción hecha de las causas que la hicieron necesaria, introduce un desarreglo en el orden de nuestras representaciones. Se podría seguir hablando de bien y mal, de la misma manera que hablamos del rojo y del amarillo, en lugar de referirnos a las vibraciones del campo electromagnético. Einstein presta apoyo a esta interpretación cuando afirma:

«...el científico está imbuído del sentimiento de la causalidad universal. Para él, el futuro es algo tan inevitable y determinado como el pasado. En la moral no hay nada divino; es un asunto puramente humano.»<sup>6</sup>

El determinismo enajena por completo el tema del *destino* de la relación Dios-hombre. Éste puede encararse con la ubicua deidad para interrogar sus misterios, pero de ningún modo conseguirá modificar sus designios. Lo que tiene que ocurrir sucederá independientemente de las actitudes devotas o impías, de los ritos ideados para propiciar venturas y de las maldiciones que pretenden atraer desgracias. Compete en exclusiva al hombre el ordenamiento de su conducta en la medida en que tiene sentido planteárselo, es decir, en la medida en que olvidamos el complejo mecanis-

---

<sup>5</sup> Carta de Einstein a Besso del 17.7.1952. Einstein - Besso, *Correspondance...*, p. 474.

<sup>6</sup> «Mein Weltbild», 1934, recogido en: Einstein, *Sobre la teoría...*, p. 229.

mo que la determina desde el punto de vista de Dios, que es el único punto de vista absoluto. Por eso, con respecto al *Deus sive Natura* einsteiniano, la única actitud sabia es el *abandono* ante lo inevitable y la *indiferencia* respecto a lo personal.

«En una de mis visitas, en la que me hablaba con animosa tranquilidad sobre la muerte, le pregunté si no tenía miedo a morir: “No”, dijo, “me siento tan solidario de todo lo viviente, que me es indiferente dónde empieza y acaba cada individuo”.»<sup>7</sup>

Es una frase que, en efecto, resume bien la postura de Einstein ante la vida y la muerte,<sup>8</sup> y expresa una versión antipersonalista de la resignación que, vista desde otra perspectiva, parecería como una ética de la solidaridad singularmente heroica: abundan los que se consuelan de sus fracasos soñando o imaginando que usurpan la personalidad de los que triunfan, pero son muy pocos los que consiguen convencerse de que la diferencia entre unos y otros es meramente ilusoria por lo que, por ejemplo, es indiferente que la mujer amada me escoja a mí o a mi rival. Einstein quizá haya sido uno de esos pocos.

No obstante, si retornamos al plano de los asuntos meramente humanos, en el que Einstein ubica el problema de las decisiones morales, nadie ha estado en apariencia más alejado que él del indiferentismo fatalista. No solo protagonizó una carrera científica sin parangón, sino que se convirtió en una celebridad mundial cuando todavía era relativamente joven, se casó dos veces, cambió en tres ocasiones de nacionalidad, realizó numerosísimas declaraciones públicas sobre los temas más variados, protagonizó campañas internacionales en pro del pacifismo y la causa sionista, desempeñó un papel importante en la puesta en marcha del proyecto atómico norteamericano y hasta llegó a recibir la propuesta formal de convertirse en jefe de un estado. Todos los que le conocieron están de acuerdo en que se trataba de una persona generosa, filantrópica, idealista. ¿Cuál es la fuente de todos estos impulsos inconformistas? En una carta dirigida a la mujer de su amigo, el físico Max Born, Einstein comenta la exclusión de la *finalidad* del punto de vista científico, tal como era común a principios de

<sup>7</sup> Hedwig Born, «Einstein en la intimidad», recogido en M. y H. Born, *Ciencia y conciencia en la era atómica*, Madrid, Alianza, 1971, p. 118.

<sup>8</sup> Su nuera Margot describió así sus últimos momentos: «...en todo estuvo por encima de su estado; hablaba con gran tranquilidad y serenidad —y aun con un poquito de humorismo— de los médicos y esperaba su fin como un suceso natural e inminente. Con el mismo valor que tuvo siempre, esperó humilde y calladamente la muerte. Se marchó de este mundo sin sentimentalismos ni lamentaciones.» A. Einstein, M. Born, *Briefwechsel. 1916-1955*, Frankfurt, Erbrich, 1982, pp. 309-10. Las traducciones de los textos transcritos de esta correspondencia son de Félix Blanco (A. Einstein, M. y H. Born, *Correspondencia*, México, Siglo XXI, 1973).

siglo. ¿Cómo conjugar la perspectiva de la eficiencia determinista con el tipo de motivaciones que animan al hombre? He aquí su respuesta:

«Ahora a la filosofía. Lo que usted llama “materialismo de Max” es sencillamente su modo causal de ver las cosas, que siempre responde a la pregunta “¿por qué?” pero nunca a la de “¿para qué?”. Ningún principio de utilidad y ninguna selección natural pueden sacarnos de ahí. Pero cuando uno pregunta “para qué debemos ayudarnos unos a otros, para qué hacernos la vida mutuamente más llevadera, componer buena música y tener grandes pensamientos” habría que contestarle: “Si usted no lo siente, nadie se lo podrá explicar”. Si no nacemos con ese sentimiento, no valemos nada y más nos valdría no vivir. Si alguien quisiera hacer una investigación a fondo y probar que esas cosas contribuyen a preservar y promover la existencia humana, volvería a plantearse la terrible pregunta de “¿para qué?”, y la respuesta sobre bases “científicas” no podría ser sino aún más desconsoladora. Por eso, si se quiere a toda costa proceder científicamente, tenemos que limitar nuestro objetivo a los menos posibles y apartar a los demás del camino, pero esto la dejaría fría a usted.»<sup>9</sup>

Esta confesión revela una actitud que cabría denominar «moral fideísta» o «voluntarismo ético». La sensibilidad para los valores morales se tiene o no se tiene. No es algo que se pueda objetivar, o sobre lo que quepan argumentos y demostraciones. Implica una especie de innatismo axiológico, apoyado en una sensibilidad «natural» para responder a sus incitaciones. En todo caso, está al margen de lo que la razón humana y la religiosidad natural del hombre contemplan como suyo, de acuerdo con la óptica einsteiniana. Tanto la razón como la fe, ya lo hemos visto, dan la espalda al reino de los fines y se vuelven hacia el misterio determinista del mundo y sus leyes. La eticidad no solamente no tiene nada que ver con Dios (*sive Natura*), sino que ni siquiera es un misterio: es un don, como puede serlo el oído para la música o la facilidad para practicar un arte determinado. Apurando la lógica de la concepción panteísta, sería lícito decir que el hombre se define por la moralidad, ya que es lo que le corresponde en cuanto hombre, mientras que la razón y la religiosidad no le incumben de por sí, puesto que conciernen en primer lugar al dios escondido que cada uno de nosotros lleva dentro.

La desconexión del panteísmo y la ética arrastra consigo un cierto *dualismo* existencial, del cual el propio Einstein se ha hecho intérprete:

<sup>9</sup> Carta de Einstein a H. Born del 1.9.1919, A. Einstein, M. Born, *Briefwechsel...*, pp. 32-3.

«Mi profundo sentido de la justicia social y de la responsabilidad social ha contrastado siempre, curiosamente, con mi notoria falta de necesidad de un contacto directo con otros seres humanos y otras comunidades humanas. Soy en verdad un “viajero solitario” y jamás he pertenecido a mi país, a mi casa, a mis amigos, ni siquiera a mi familia inmediata, con todo mi corazón. Frente a todos estos lazos, jamás he perdido el sentido de la distancia y una cierta necesidad de estar solo... sentimientos que crecen con los años.»<sup>10</sup>

Según esto, en la cuenta del panteísmo habría que apuntar el desarraigo, ese extraño sentimiento de que «todo lo humano me es ajeno», mientras que la responsabilidad social constaría en el haber de la moralidad einsteiniana. Es interesante señalar que ambos elementos tienen un carácter *a priori* o, si se quiere, gratuito, ya que descansan en convicciones o vivencias de las que no es posible dar razón. Sin embargo, mientras que este rasgo es inmodificable en el caso de la ética (ya que la razón puede dar coherencia a la acción, pero no penetrar en las raíces de la motivación), en cambio la religiosidad que nace del misterio es transformable, gracias a la razón, en una inefable experiencia de comunión cósmica, mediante el progresivo conocimiento de la red de conexiones causales que otorgan a la naturaleza su armoniosa unidad. Los hombres tenemos a nuestra disposición una cantidad muy limitada de tiempo y energía, y los conflictos internos son inevitables cuando no somos capaces de establecer una jerarquía nítida en nuestro orden de prioridades. No cabe duda de que Einstein había establecido el suyo con bastante precisión. Los que le conocieron de cerca detectaron ingenuidad e incluso superficialidad en sus opiniones políticas. Roy Harrod, que convivió con él una temporada, da este testimonio:

«Algunas veces, tratando de inquirir en sus ideas políticas, descubrí que tenía ideas liberales y progresistas, pero no demasiado profundas. Aceptaba evidentemente las opiniones circulantes, sin hacer que su gran cerebro pensara mucho en esos temas.»<sup>11</sup>

Existen numerosos indicios que corroboran esta impresión, como el candor con que aceptó en 1937 la explicación «oficial» de los procesos incoados por Stalin contra sus oponentes políticos,<sup>12</sup> o el aplomo con que afirmó que el asentamiento de colonos judíos en Palestina no tendría por qué levantar la animosidad de la población árabe, porque «el país está, en

<sup>10</sup> «El mundo tal como yo lo veo», recogido en: Einstein, *Sobre la teoría...*, p. 197.

<sup>11</sup> G.J. Whitrow, *Einstein: el hombre y su obra*, México, Siglo XXI, 1969, p. 92.

<sup>12</sup> Véase Carta de Einstein a Max Born [1937], A. Einstein, M. Born, *Briefwechsel...*, p. 179.



efecto, poco poblado para sus posibilidades.»<sup>13</sup> Ciertamente es que no era experto en estos asuntos, pero ello tampoco le impidió pronunciarse en público sobre ellos, sabiendo que su celebridad otorgaba bastante repercusión a aquellas manifestaciones. Más aún: su cualificación específicamente científica le permitió ejercer una influencia considerable en decisiones de enorme repercusión social, y en estos casos cabe preguntarse si no se condujo de un modo voluble e irresponsable. Einstein capitaneó durante el período de entreguerras algunos de los más conspicuos movimientos pacifistas.<sup>14</sup> No obstante, el ascenso del nazismo en Alemania le hizo cambiar de actitud y, a instancias del físico húngaro Leo Szilard, escribió tres cartas al presidente Roosevelt para convencerlo de la necesidad de poner en marcha investigaciones sistemáticas sobre la posibilidad de fabricar armamento atómico. Realizó además un estudio teórico sobre el procedimiento de difusión gaseosa para la separación del Uranio 235, materia prima de la bomba de Hiroshima.<sup>15</sup> Como muchos otros científicos, más tarde lamentó las consecuencias catastróficas de la empresa y apoyó la idea de poner los nuevos ingenios bajo control internacional. Sin embargo, permaneció extrañamente distante con respecto a su propia responsabilidad personal. Mientras su amigo Max Born (que siempre estuvo al margen del proceso) deploraba de esta manera la implicación *colectiva* de los científicos :

«Esta vez creo que hemos metido la pata como unos tontos, y lo siento por la hermosa física. Para eso hemos cavilado tanto, para ayudar al hombre a marcharse cuanto antes de esta bella tierra.»<sup>16</sup>

Einstein no se sintió afectado ni como individuo ni como físico. Born creyó descubrir en su amigo los mismos sentimientos que él experimentaba después de que éste realizara unas declaraciones a la prensa:

«Leí recientemente en los periódicos que tú habías dicho que si volvieras a nacer no serías físico sino artesano. Estas palabras fueron para mí una gran confortación, porque a mí también me pasan por la cabeza ideas semejantes al ver el daño que nuestra otrora tan bella ciencia ha causado al mundo.»<sup>17</sup>

Pero, en realidad, Einstein no pensaba que fuera preferible dejar la física a causa de la bomba atómica, sino por las limitaciones a las libertades

<sup>13</sup> Carta de Einstein a Besso del 4.9.1929, Einstein - Besso, *Correspondance...*, p. 255.

<sup>14</sup> Véase Ronald Clark, *Einstein. Sa vie & son oeuvre*, Paris, Stock, 1980, pp. 377 y ss.

<sup>15</sup> Véase Clark, *Einstein...*, pp. 552-3.

<sup>16</sup> Carta de Max Born a Einstein del 4.3.1948, A. Einstein, M. Born, *Briefwechsel...*, p. 218.

<sup>17</sup> Carta de Max Born a Einstein del 28.11.1954, A. Einstein, M. Born, *Briefwechsel...*, p. 304.

civiles impuestas por el McCarthysmo.<sup>18</sup> En el fondo, nada más lejos de su mente que entonar un *mea culpa* por su trabajo científico. Born habla con admiración de una discípula suya que, habiéndose doctorado en física, abandonó para siempre la ciencia e inició la carrera de leyes tras conocer el bombardeo atómico de las ciudades japonesas. Einstein, por el contrario, creía que si de algo tenía que arrepentirse era precisamente de su actividad política:

«Si ves ocasionalmente mi nombre mezclado con excursiones políticas, no creas que consagro mucho tiempo a tales cuestiones, pues sería triste malgastar mucha energía en el árido suelo de la política. Pero a veces llega el momento en que no se puede hacer otra cosa, por ejemplo, cuando se trata de explicar al público la necesidad de crear un gobierno mundial, sin el cual toda nuestra orgullosa superioridad humana desaparecería en pocos años.»<sup>19</sup>

Hay que advertir que por estos años sus esfuerzos para encontrar una teoría del campo unificado se mostraban bastante más estériles que sus apelaciones a la opinión pública. A pesar de ello, reacciona como un maestro desalentado ante su trabajo, siempre quejoso por el supuesto desinterés de los alumnos, que cumple con desgana sus tareas pedagógicas y anhela el momento en que pueda volver a encerrarse en el gabinete para dialogar a solas con su amada disciplina. El frustrado Zaratustra añora la soledad de la montaña, desea abandonar los hombres a su necedad, retornar a sus soliloquios y, a lo sumo, fundar una orden de eremitas amparados en la marginalidad profesional y consagrados a la ciencia *pura*. En este sentido hay que interpretar la propuesta einsteiniana de reservar a los físicos teóricos puestos de trabajo poco ambicionados, pero que dejan mucho tiempo libre para pensar, como los de farero o vigilante nocturno, idea que Max Born comenta así:

«En muchas ocasiones afirmó Einstein que no debían asociarse el afán de conocimiento y la búsqueda de un empleo práctico para ganarse la vida, y que la investigación debía hacerse en los ratos libres, como ocupación secundaria y privada. Y él mismo escribió sus primeros y grandes tratados mientras estaba trabajando en la oficina de patentes de Suiza, en Berna. Creía que sólo así podía uno conservar la independencia de espíritu. (...) Lo que él no tenía en cuenta era la rigidez organizacional de casi todas las profesiones y la importancia que los

---

<sup>18</sup> Véase A. Einstein, M. Born, *Briefwechsel...*, p. 307-8; *Einstein on peace*, ed. por O. Nathan y H. Norden. New York, Simon & Shuster, 1960, pp. 613 y ss.

<sup>19</sup> Carta de Einstein a Besso del 21.4.1946, Einstein - Besso, *Correspondance...*, pp. 376-7.

profesionales conceden a su actividad. Sin eso no habría celo ni orgullo profesional. Para practicar la ciencia como afición y triunfar se necesita ser un Einstein.»<sup>20</sup>

Este comentario confirma algo que es perfectamente coherente con la oposición establecida dentro del espíritu de Einstein entre la religiosidad pantefista y la ética filantrópica: la ciencia no pertenece al dominio de ésta, sino al de aquélla. No es el sentido de la responsabilidad social lo que le lleva a investigar, sino una vocación profunda que nace de su fe. Por eso añora los tiempos en que se ganaba la vida en una oficina del gobierno suizo y se dedicaba a la física fuera de las horas de trabajo.<sup>21</sup> Tal vez no sea casual que entonces realizara sus descubrimientos más valiosos. En cierto modo, convertirse en un científico «profesional» fue para él una desgracia, una forma sutil pero conscientemente sentida de prostituir la parte más valiosa de sí mismo. Cuando se convirtió en profesor y, más aún, cuando fue exonerado de las obligaciones docentes al llegar a Berlín, se produjo dentro de él un conflicto semejante al hombre que se casa con la hija de su jefe, a la que además ama. En definitiva, se vio en la tesitura de tener que realizar *por obligación moral* (porque le pagaban) lo que se veía impulsado a hacer *por devoción religiosa* (descifrar los misterios del mundo). Mientras ambos imperativos estuvieron en aparente armonía Einstein pudo convivir con su íntimo conflicto. El problema surgió cuando la sociedad y los propios científicos se preguntaron acerca de la moralidad de una investigación que no tenía en cuenta las repercusiones directas o indirectas de sus resultados, es decir, acerca de la posibilidad de que la búsqueda de la verdad llegase a convertirse en algo condenable éticamente.

En los años cuarenta y cincuenta este tipo de interrogantes estaban de candente actualidad: la posibilidad de desarrollar artefactos termonucleares y misiles intercontinentales hizo que muchos expertos se vieran en la tesitura de elegir entre lo que les dictaba su conciencia y aquello para lo que les capacitaba su entendimiento: la consecución de un terrible poder destructivo que tal vez significara el fin de la humanidad. Pero para Einstein las cosas eran aún más complicadas: él se debía al mismo tiempo a una ética respecto al hombre y a una religión respecto a Dios. Su religión le obligaba a resolver todos los misterios de la naturaleza que estuvieran a su alcance; su moralidad le movía a buscar el bienestar de sus congéneres. Si alguno de sus éxitos científicos aumentaban considerablemente los riesgos de una destrucción masiva de estos últimos, ¿quién tenía preferencia, el progreso del conocimiento o la seguridad de los hombres? Einstein

---

<sup>20</sup> Véase A. Einstein, M. Born, *Briefwechsel...*, p. 151.

<sup>21</sup> Véase Carta de Einstein a Besso del 12.12.1919, Einstein - Besso, *Correspondance...*, pp. 147-8.

sabía muy bien cuál sería su respuesta. Born tuvo remordimientos por el hecho mismo de haber contribuido a crear una teoría que luego fue utilizada para construir la bomba atómica. Einstein, por mucho que deplorara los peligros de la nueva arma, nunca creyó deber arrepentirse de haber hallado la fórmula  $E=mc^2$ . La ciencia siempre permaneció limpia ante sus ojos; para él ni siquiera tenía sentido someterla a un escrutinio moral. Era necesario obedecer a Dios antes que a los hombres y, desde su punto de vista, escudriñar los misterios del universo equivalía a cumplir con el primer mandato que debe acatar un ser capaz de conocer a Dios. Construir bombas atómicas, al igual que pagar un sueldo a quien se dedica al estudio de las estrellas, son cuestiones que él situaba en un plano completamente diferente.

En realidad, Einstein otorgó prioridad a la religión (tal como él la entendía) frente a la ética no sólo en lo que atañe a las cuestiones públicas, sino también en temas mucho más inmediatos. Preguntado Hans Albert Einstein por las causas de la separación matrimonial de sus padres, dio la siguiente respuesta:

«Por qué llegaron a separarse es algo que nunca entendí muy claramente. Al tratar de reconstruir todo después, particularmente basándonos en algunas expresiones de él mismo, parece que tenía la impresión de que la familia le quitaba demasiado de su tiempo y que tenía que concentrarse completamente en su trabajo. Personalmente, no creo que lo lograra, porque en la familia disponía realmente de mayor tiempo que cuando tuvo que cuidarse a sí mismo y que luchar con todo el mundo externo por sí solo.»<sup>22</sup>

La correspondencia intercambiada entre Einstein y Michele Besso durante la primera guerra mundial y los años siguientes contiene pasajes patéticos y sobrecogedores, poco acordes con la imagen usual de bonhomía que acompaña al científico. Su esposa atravesó una larga y penosa enfermedad y los hijos acusaron gravemente la ausencia del padre.<sup>23</sup> Varios amigos trataron de ayudar en lo posible y hasta se vieron obligados a efectuar discretas gestiones de mediación.<sup>24</sup> Nada de ello consiguió remover las reticencias de Einstein para retornar a Suiza,<sup>25</sup> o incluso para llevar

<sup>22</sup> Whitrow, *Einstein...*, p. 42.

<sup>23</sup> Véanse Cartas de Einstein a Besso del 24.8, 6.9 y 26.9.1916 etc., Einstein - Besso, *Correspondance...*, pp. 80, 81, 83.

<sup>24</sup> Véase Carta de Besso a Einstein del 5.12.1916, Einstein - Besso, *Correspondance...*, p. 90.

<sup>25</sup> Véase Carta de Einstein a Besso del 8.9.1918, Einstein - Besso, *Correspondance...*, pp. 139-40.

se a su primogénito,<sup>26</sup> aunque, eso sí, no regateara su contribución económica a sacar los suyos adelante.<sup>27</sup> A lo largo de todo este doloroso episodio, Einstein da la impresión de una persona incapaz de dominar una situación que provoca en él un conflicto de lealtades. Hay que tener en cuenta que durante esa época luchaba con dificultades sobrehumanas para completar la formulación de la teoría general de la relatividad y para resolver el enigma de los fenómenos cuánticos.<sup>28</sup> En las cartas que dirige a su amigo se entremezclan las cuestiones familiares con las científicas, y es más que notorio el alivio con que pasa de las primeras a las segundas:

«He sido puesto al corriente por Zangger de la salud de mi mujer y de los progresos de mis chicos. Estoy muy contento de que al fin haya una mejoría, aunque sea lenta. Cuidaré de que mi mujer no se inquiete más por mí. En cuanto al divorcio, he renunciado a él definitivamente. ¡Pasemos ahora a las cuestiones científicas!

»La significación objetiva del tiempo y el espacio etc.»<sup>29</sup>

y el pesar con que efectúa el recorrido inverso:

«Tu leerás este trabajo con Dällenbach. Os divertirá.

»Querido Michele, volvamos a la tierra, esta tierra que sólo es fea porque la vemos demasiado de cerca. Si mi aparición en Zurich no se impone súbitamente, no iré hasta el verano etc.»<sup>30</sup>

En resumidas cuentas, todas las preocupaciones terrenales, tanto privadas<sup>31</sup> como públicas, pesaron poco en el ánimo de Einstein cuando

<sup>26</sup> Véase Carta de Einstein a Besso de dic. 1916, Einstein - Besso, *Correspondance...*, p. 98.

<sup>27</sup> Véase Carta de Einstein a Besso del 15.5.1917, Einstein - Besso, *Correspondance...*, p. 116.

<sup>28</sup> «He reflexionado durante un número incalculable de horas sobre la cuestión de los cuantos, naturalmente sin hacer verdaderos progresos.» Carta de Einstein a Besso del 29.7.1918, Einstein - Besso, *Correspondance...*, p. 130.

<sup>29</sup> Carta de Einstein a Besso del 31.10.1916, Einstein - Besso, *Correspondance...*, pp. 84-5.

<sup>30</sup> Carta de Einstein a Besso de dic. 1916, Einstein - Besso, *Correspondance...*, p. 98.

<sup>31</sup> No se trata solamente de los problemas que pudiera haber habido entre Einstein y Mileva. Max Born se asombraría más tarde de la indiferencia con que sobrellevó la muerte de su segunda esposa: «Es sorprendente el modo que tiene Einstein de comunicar de pasada, junto a la breve descripción de su vida de oso, en que tan a gusto se encuentra, la muerte de su esposa. A pesar de su generosidad, su accesibilidad y su amor a la humanidad, se despegaba totalmente del medio ambiente con todo y las personas que en él se hallaban.» A. Einstein, M. Born, *Briefwechsel...*, p. 180. Es conmovedora la confesión que Einstein hace al hijo y hermana de Michelle Besso tras la muerte de aquél: «Pero lo que más admiraba de Michel, en tanto que hombre, es el hecho de haber sido capaz de vivir tantos años con una mujer, no solamente en paz, sino incluso en constante armonía, empresa en la que yo he fracasado lamentablemente por dos veces.» Carta de Einstein a Vero y Bice Besso del 21.3.1955, Einstein - Besso,

entraron en pugna con las alturas celestes, las cuales tienen incluso la virtud de devolver a nuestro planeta su belleza. En esto se parecía a los filósofos que describe Platón en su *República*: consagrados por vocación y devoción a contemplar el mundo de las ideas, y que sólo a modo de sacrificio consienten en volver la mirada hacia abajo para ocuparse de regir una ciudad que se asienta en el prosaico orbe material. Al igual que ellos, Einstein hace profesión de desarraigo:

«Y después de todo, no tiene tanta importancia el lugar donde uno radique. Lo mejor es seguir su corazón en este asunto sin pensarlo mucho. Además yo, que no tengo raíces en ninguna parte, no me siento capacitado. Las cenizas de mi padre están en Milán. A mi madre la inhumé hace unos días. Continuamente estoy yendo y viniendo, en todas partes extranjero. Mis hijos viven en Suiza en condiciones tales que me resulta una empresa dificultosa ir a verlos. Una persona como yo piensa que lo ideal es estar con los suyos *en su casa*, dondequiera que sea; y en este caso tuyo no tiene derecho a dar consejos.»<sup>32</sup>

Si el filósofo platónico se siente desterrado en el mundo sensible, a Einstein le pasa lo mismo con el mundo de los hombres, que también es, recordémoslo, el *mundo de la ética*. Su verdadera patria, refugio y salvación está en medio de sus cálculos y cavilaciones:

«Después de largos esfuerzos, hemos encontrado que las ecuaciones de la relatividad, después de una adaptación relativista directa de las ecuaciones de Maxwell, no permiten resolver el problema de las partículas materiales. (...) Es bueno estar inmerso de un modo tan profundo en la manía propia de uno y separarse así, en cierta medida, de los demás hombres, porque de lo contrario sería difícil conservar la alegría de vivir.»<sup>33</sup>

La ética no sirve para mantener la alegría de vivir. Únicamente la religión permite hacerlo. Sin embargo, ¿no es ésta precisamente una de las tareas primordiales de la ética? Aquí topamos con la raíz más profunda de la oposición entre el panteísmo y la moral. Parece como si la religión de Einstein no fuera totalmente ajena a las acciones del individuo, porque a la emoción provocada por la vivencia del misterio le sigue de inmediato «el esfuerzo decidido por abarcar una parte, aunque sea muy pequeña, de la

---

*Correspondance...*, p. 538.

<sup>32</sup> Carta de Einstein a Max Born del 3.3.1920, A. Einstein, M. Born, *Briefwechsel...*, p. 48.

<sup>33</sup> Carta de Einstein a Besso del 9.6.1937, Einstein - Besso, *Correspondance...*, p. 313.

Razón que se manifiesta en la naturaleza.»<sup>34</sup> Ahora bien, según Espinoza, «El esfuerzo con que cada cosa intenta perseverar en su ser no es nada distinto de la esencia actual de la cosa misma.»<sup>35</sup> He aquí, sin embargo, que un espinozista profeso propone un ideal de esfuerzo que nada tiene que ver con la cosa misma que es él como individuo. El conato de investigar es muy diferente del conato de persistir que se manifiesta en todo lo que hay. La prueba más palpable de ello la ofrece el mismo Einstein, cuyos descubrimientos contribuyeron a poner en grave riesgo la supervivencia de la humanidad.

Por otro lado, el esfuerzo tiene que ver con la acción, y el esfuerzo de abarcar la Razón del universo es presentado por Einstein como una consecuencia necesaria de la vivencia religiosa del misterio. Es, por tanto, un imperativo, el primer mandamiento de una moral inseparable de la religiosidad panteísta. Si esta consideración es atinada, Einstein contempla la existencia de dos éticas.

La primera tiene un valor meramente antropológico, está orientada al bienestar de nuestra especie y se basa en ciertos sentimientos innatos y gratuitos de los individuos, gracias a los cuales captan el «para qué» de sus decisiones y promueven valores de justicia, libertad, tolerancia y solidaridad. Sólo tiene sentido si aceptamos los fenómenos de la vida humana tal como se dan, sin inquirir por la realidad profunda que late debajo.

La segunda proviene de la emoción religiosa y del imperativo categórico de abarcar con la inteligencia la Razón última del cosmos, a la que Einstein denomina «Dios». Su fin es incrementar el conocimiento de las cosas mismas e impedir que las apariencias suplanten a la verdad. El hilo conductor que nos orienta en el seguimiento de esta moral es la *ley de la causalidad universal*, que elimina la idea de la libertad y la responsabilidad personal, borra las fronteras entre los individuos y hermana todo lo que acaece en un destino idéntico, férreamente determinado.

La primera ética es hermana de lo fenoménico y no resuelve el erróneo egoísmo del individuo, ya que sólo lo sublima a través de la noción de *comunidad*. La segunda ética, en cambio, consigue reconciliar definitivamente el *bien* con la *verdad* y la *belleza*. Por eso hay que darle prioridad absoluta respecto a la otra, como ha hecho Einstein de modo ejemplar a lo largo de toda su vida.

Surge, no obstante, una duda. La genuina ética panteísta implica la superación del individuo, el olvido definitivo del «tú» y del «yo», la devaluación de todo lo que ocurre dentro de las mezquinas fronteras del tiempo y el espacio. Lo importante, recuerda Einstein, no está en el aquí ni en

---

<sup>34</sup> Einstein, «El mundo tal como yo lo veo», texto citado anteriormente.

<sup>35</sup> Espinoza, *Ética*, III parte, prop. VII. Madrid, Nacional, 1975, p. 192

el ahora:

«Hace mucho tiempo que no te escribo, y desde entonces han pasado muchas cosas. Pero los acontecimientos externos son superficiales, lo esencial es la ciencia.»<sup>36</sup>

Lo esencial es la ciencia. Ahora bien, ¿quién es el sujeto de la ciencia? ¿Quién está tras la acción que acata el imperativo glorioso de abarcar el misterio del mundo? Ningún individuo. Tampoco Einstein. La única respuesta coherente tiene que ser: *Dios mismo*.

\* \* \*

Juan Arana Cañedo-Argüelles  
Departamento de Filosofía y Lógica  
Universidad de Sevilla  
Avda. de San Francisco Javier, s.n.  
41005 Sevilla

---

<sup>36</sup> Carta de Einstein a Besso del 5.1.1924, Einstein - Besso, *Correspondance...*, p. 197.